

El paraíso inhabitado de Ana María Matute: entre la realidad y la fantasía

María Mercedes Pons Ballesteros

Universidad de Cádiz. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Filología. Área de Literatura (Facultad de Filosofía y Letras). Polígono Río San Pedro, s/n. 11510. Puerto Real (Cádiz). Tfno.: (956) 285952 y (671) 939124. Fax. (956) 016253. E-mail: merche.pons@uca.es.

Recibido: Noviembre de 2009. Aceptado: Diciembre de 2009.

Biblid (0214-137X (2009) 25: 209-223).

Resumen

Paraíso inhabitado, última obra de Ana María Matute, encierra muchos de los caracteres de su narrativa. Partiendo de ella, la identificación de motivos y topoi recurrentes evidenciarán la continuidad de un estilo singular. El mundo de los niños, la necesidad de huir de la vida cotidiana y buscar un refugio que permita dar alas a la imaginación, o la soledad y la incomunicación humanas son tratados con ternura inusitada y profundo lirismo.

Palabras claves: Matute, estilo, niños, imaginación.

Abstract

Paraiso inhabitado (Inhabited paradise), the last work by Ana María Matute, encloses many of her narrative techniques. These narrative features are the starting point of this study. The identification of motives and recurring *topoi* will evidence the continuity of such a peculiar style. The children's world, the need to escape from reality and to find a place to hide and unleash imagination, or the feeling of being alone and the lack of communication are aspects that are dealt with an extremely original tenderness and profound lyricism.

Keywords: Matute, style, children, imagination.

Résumé

Le paradis inhabité, dernier ouvrage d' Ana María Matute, renferme beaucoup de caractères propres à sa narration. En l'analysant, l'identification de motifs et de topoi récurrents montreront la continuité d'un style singulier. Le monde des enfants, la nécessité de fuir la vie quotidienne et de chercher un refuge permettant de

donner des ailes à l'imagination, ou la solitude et le manque de communication humaines, sont traités avec une tendresse inusitée et un profond lyrisme.

Mots-clé: Matute, style, enfants, imagination.

El paraíso inhabitado de Ana María Matute: entre la realidad y la fantasía

Confesaba días antes de leer su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua¹: “*los deseos nos ayudan a vivir, nos empujan, no nos dejan morirnos en el camino. La novela que ahora estoy preparando, y que pronto comenzaré a escribir, Paraíso inhabitado, trata precisamente sobre el deseo irrealizable*”². Regresó, tras veinticinco años, con la publicación de su cuidado *Olvidado rey Gudú*, dejando la revisión definitiva de *Paraíso* "abandonada" (Gazarian-Gautier, 1997:126). Sin embargo, su necesidad vital de contar, por ser esa otra de papel que ya no es Ana María, su protesta ante la vida y sobre un mundo que le resulta, a veces, demasiado frío y hostil, su vocación y su pasión por la palabra, y ese gusto por el trabajo bien hecho, hacen que a sus 83 años, nos legue una de sus obras más autobiográficas, “*síntesis de sus ideas y su obra*” (Sanz Villanueva: 2008). De la mano de Adri, la protagonista, nos invita a redescubrir muchas de esas pequeñas piedras, como en el cuento de Hansel y Gretel adentrándose en el bosque, que nos ha ido dejando a lo largo de toda su trayectoria literaria.

Nacida en Barcelona el 26 de julio de 1926, la vida de Ana María Matute está marcada por su propia infancia de la cual recuerda que era una niña solitaria y fantasiosa apasionada por los cuentos de hadas y reclusa en su rico y misterioso mundo interior, motivado, en parte, por el hecho de ser tartamuda. Su familia acomodada pudo proporcionarle una niñez feliz truncada por una guerra y una madre que no entendía la personalidad de su hija, que creció sin la comprensión y el cariño maternos. Su padre, en cambio, descubrió y alentó esa imaginación desbordante de la pequeña, que escribía sus cuentos con lápices de colores y a través de dibujos y ya con 5 años escasos, cuando comenzó a ir al colegio y sabía leer y escribir, ante una asombrada monja, se inició en la escritura. El padre le traía de sus viajes noticias de mundos extraños y prodigiosos que, unido a la gran biblioteca paterna y la gran avidez lectora materna, hizo de ella, desde muy pronto, un ser ansioso por escribir y por descifrar lo que esas hileras de

¹ Aunque fue nombrada académica en 1996 no leyó su discurso de ingreso, titulado "En el bosque" hasta el 18 de enero de 1998. Ocupa el asiento K, tras la muerte de Carmen Conde, su predecesora.

² Entrevista de Juan Manuel de Prada, "Jamás me vi como académica de nada", en ABC literario, 16 de enero de 1998.

hormiguitas negras sobre blanco podían esconder de mundos desconocidos y fascinantes. Así, Ana María Matute heredó de su padre “*la imaginación creadora y la sed de viajes*”³.

De salud delicada, una afección de riñón pudo costarle la vida con tan sólo cuatro años y con ocho, debido a una nueva enfermedad, fue enviada por sus padres a casa de sus abuelos en Mansilla de la Sierra (Logroño). Este pueblo desapareció bajo las aguas de un pantano y constituye una decisiva influencia en la situación de sus novelas *Fiesta al Noroeste*, gran parte de *Los hijos muertos*, *El río*, *Historias de la Artámila* y algunos relatos de *El tiempo*. Allí conoció a esos niños sin infancia, que tanto contrarrestaban con su experiencia en su ciudad natal, la dureza humana y “*el descubrimiento de la Naturaleza como tesoro inapreciable de sobrecogida hermosura*”⁴. Toda esta experiencia marcará tanto su vida como su obra, donde laten claves como la niñez, y el paso al ser adulto, la crueldad y el dolor, y la naturaleza, demostrando que aunque existe lo trágico siempre existirá una luz. Luz, alentada por la fantasía y su desbordante y contagiosa pasión e imaginación, como ella misma afirma en el título de su discurso de ingreso en la R.A.E., “*defensa de la fantasía*”, ésa de la que a pesar de los años no se ha desprendido (sólo hay que mirarla a los ojos para descubrir a esa niña latente aún en su interior). Y, además, esperanza última en el amor y en la bondad humanas tal y como manifiesta en una entrevista:

*“El que no ama, no llora. O llora como los cocodrilos. Para llorar de verdad, hay que amar mucho. Y hay que haber sido muy odiado también. Y sabemos que el odio y el amor son dos caras de la misma moneda”*⁵.

Aparte de esos inicios pictóricos donde relataba sus historias y sus primeros escritos (a los cinco años escribió su primer cuento que ella misma ilustró⁶), entre los que se encuentra la composición de su revista *Shibyl*, su primera novela fue *Pequeño teatro* escrita cuando contaba tan sólo con diecisiete años y por la que se interesó el entonces director de la editorial Destino, Ignacio Agustí. Conforme a lo explicado por ella tanto en

³ Mas, José (1988), “Noticia biográfica” en *Fiesta al Noroeste*, pág. 12.

⁴ Ídem, pág. 14.

⁵ Sanz Villanueva (1998).

⁶ Recuerda Ana María Matute que su madre le entregó el día de su boda una caja de cartón donde guardaba todos sus cuentos y dibujos de niña. Han sido editados bajo el título *Cuentos de infancia* (2002).

“*Conversaciones con...*” en la sala San Hermenegildo de Sevilla, el 9 de marzo de 2000, como en “*Cuadernos de Agramante*” en Jerez de la Frontera el 11 de abril del mismo año y en el suplemento “*Babelia*” de *El País* del 23 de noviembre de 1996 realizado por Xavier Moret, ésta fue una experiencia impresionante. Sorprendía la profundidad de su prosa, que testimoniaba una mayor experiencia, a una edad tan temprana. Ese “*cuaderno cuadriculado con tapas de hule negro*” le valió un contrato de tres mil pesetas que Ana María recordaba por la necesidad de ser acompañada por su padre y la firma paterna que confirmase su autorización al no poseer la mayoría de edad. Pese a ese contrato esta novela quedó inédita, y *Los Abel*, Premio Nadal en 1948, sería su primera obra publicada ya que, palabras de la autora, “*la consideraron una obra más madura*”, “*pero unos años después presenté Pequeño teatro al Premio Planeta, casi sin retocar, y también lo gané*”. Escribe *Luciérnagas* en 1949 y queda semifinalista del Premio Nadal, pero la censura le impide publicarla, y en 1955 sale editada una revisión de esta obra llamada *En esta tierra*. En 1993 recupera la versión original publicándola y rechazando la segunda versión. En 1953 publica la novela *La pequeña vida* que más tarde llamará *El tiempo*. Y ya en 1960 comienza su trilogía *Los mercaderes* con *Primera memoria*, *Los soldados lloran de noche* y *La trampa*.

De su matrimonio con el escritor Ramón Eugenio de Goicoechea, del que se separa en 1963, nació, en enero de 1954, su hijo Juan Pablo quien supuso para Ana María un aliciente indispensable para continuar su labor literaria (muchos de los cuentos que creaba para entretener a su hijo se convirtieron más tarde en relatos escritos) y su lucha en una sociedad, como la de la década de los 60, que rechazaba a una mujer “*separada, madre de un hijo y escritora*”.

A lo largo de su carrera ha obtenido numerosos premios tanto como novelista y narradora como autora de obras de literatura infantil y juvenil. Ella que bebió de los cuentos de hadas, “*esas joyas que son la voz del pueblo*”, de las historias que le contaba su padre tras sus viajes o bien su tata sentadas en la cocina, y que de niña quiso ser escritora para vengarse de los mayores, se introdujo en un género que algunos consideran sub o infraliteratura y que como ella misma ha manifestado en numerosas ocasiones: “*no hay literatura mayor o menor: sólo buena o mala*”. Esta afirmación es explícito testimonio de una consideración y valoración de la literatura no vertical, estableciendo grados, sino horizontal, porque para ella

⁷ Moret, 1996:10-11.

lo importante es y seguirá siendo “*contar historias*”. Algo que creemos que ha conseguido.

A pesar de la dialéctica escritora o no del 50 y novelista o no realista que han manejado numerosos críticos para alejarla de la adscripción a un grupo determinado y achacando a su singularidad, imaginación y fantasía unas diferencias que podían excluirla de la tónica férrea, crítica y social, pretendemos quedarnos con la opinión de Eugenio García De Nora (1970:264-273) quien la incluye dentro de la generación del medio siglo a pesar de su estilo singular porque su precocidad y anticipación lo son también en la nueva promoción, tal y como él lo denomina, base de la “*nueva oleada*”. Además, debe tenerse en cuenta la consideración de Ignacio Soldevila (1980:249) quien se refiere a Ana María Matute como “*la primera novelista de su generación histórica*” defendiéndola de esa crítica tendenciosa y subjetiva que ha ido atacando a nuestra escritora tachándola de menor, aún más cuando se dedicó a escribir cuentos para niños y relatos. La crítica literaria ha ido oscilando entre posturas muy radicales: rechazo absoluto del lirismo, imaginación y fabulación matutianas o, por el contrario, ensalzamiento de su singularidad y de esas características tan personales. Esta escasa imparcialidad ha sido ampliamente superada por la gran cantidad de lectores modernos, la revisión del conjunto de su obra y por el éxito de sus últimas novelas entre las que destaca la maravillosa historia ambientada en una Edad Media que le apasiona, *Olvidado Rey Gudú*, *Aranmanoth* y su más reciente *Paraíso inhabitado*.

El lenguaje es, sin duda, uno de los caracteres más destacados de su estilo. Su riqueza expresiva, “*escribir sencillo es más difícil*”, hace que su prosa tenga una gran uniformidad en lo que a la expresión se refiere desde que comienza el texto narrativo hasta que termina. Destaca la exuberancia en las descripciones plagadas de adjetivos, deteniéndose en cada escena para crear una atmósfera única con sus palabras: “*hay que crear el ambiente adecuado para el desarrollo del relato*” (Gazarian-Gautier, 1997:169). De ahí su gusto por las metáforas, las imágenes, los símiles, las personificaciones, animalizaciones o cosificaciones tan propias, también, del lenguaje infantil y del de los cuentos y narraciones orales, y, además, de las sinestesias, esas combinaciones entre sentidos características de las descripciones infantiles en las que colores, olores y sabores se conjugan con absoluta libertad. Con todos estos recursos, Ana María Matute logra tanto desvelar el yo más íntimo de los personajes como mantenerse distante y ajena a lo que describe o narra, aunque siempre manteniendo su propio estilo.

En cuanto a la elección de los temas debemos tener en cuenta que a lo largo de su trayectoria literaria se observan unos núcleos temáticos constantes: el anhelo de fuga, la necesidad de huir de la vida cotidiana, la infancia, el mundo de los niños, la mezcla de amor-odio en las relaciones entre hermanos, el cainismo, la falta de comprensión entre las personas y la incomunicación humana, la soledad entre las almas, las injusticias, y también, la muerte.

Esa imperiosa necesidad de huir suele encontrar asilo en los libros, en la lectura o en la escritura. Como indica José Antonio Marina (2005:158-159): *“Sólo el que ha leído huyendo de algo puede entender el libro como un cálido refugio, un lugar donde nunca seremos molestados. Nuestra deseada soledad sólo poblada por voces y personajes”*. Ésta es la manera en la que la escritora define su proceso de creación: *“Una novela se escribe por un deseo irreprimible de decir algo o preguntar algo. (...) Hay algo, una serie de razones sin razón, o una protesta. (...) Siempre hay un principio de rebelión”*⁸.

Pero, incluso, en distintas ocasiones (conferencias, coloquios, entrevistas o textos escritos propios), ha sabido recrear ese momento mágico:

*“Así aprendí a ver el fulgor de oscuridad. Yo quería (al revés de los otros niños) ser castigada en el cuarto oscuro, para ver ese resplandor de la nada aparente. Y recuerdo que un día, al partir un terrón de azúcar, brotó en la oscuridad una chispita azul⁹. No podría explicar hasta dónde me llevó la chispita azul: sólo sé que todavía puedo entrar en la luz de aquel instante y verla crecer. Es eso lo que me ocurre cuando escribo. Porque cuando escribo ahora regreso a entonces”*¹⁰.

La infancia, sin duda alguna, es el núcleo en el que gravita toda su narrativa. Ya sean protagonistas, personajes o lectores, el niño siempre será parte activa de la historia. La clara distinción entre el mundo infantil y el adulto hace que los mayores sean siempre los diferentes, *“los otros”*, *“ellos”*, los *“gigantes”*, mientras que los niños suelen quedar individualizados dentro de una acentuada generalidad. En la mayoría de sus obras los niños poseen únicamente el nombre propio, muy comunes y sin

⁸ Gazarian-Gautier, 1997:168-169.

⁹ Matute (2000), Los niños tontos: 106.

¹⁰ Matute (1998):24-25.

apellidos, o bien una referencia a la familia o a una peculiaridad propia¹¹. Con esta generalización logra la predisposición del lector para implicarse en las historias y sentirse parte de ellas o cómplice de los apartados, distintos, solitarios, personajes centrales de sus libros y también de la vida misma.

En *Paraíso inhabitado*, Adri (llamarla por su nombre sin abreviar, Adriana, será una clara advertencia de peligro) es la protagonista y la voz narrativa. El relato de sus recuerdos, sus vivencias y sus miedos darán paso a una nueva historia, ya no narrada, con su tía Eduarda, lejos de su casa. Pero antes de esa marcha hacia “*las Ruinas*”, que a su vez es una despedida de un tiempo que se fue, nos deja grabada su particular visión y su manera de enfrentarse a lo que sucede a su alrededor, en ocasiones, incomprensibles, para una niña. Ana María Matute ha reconocido a Elena Hevia (2009) que ésta es la obra con más elementos autobiográficos de los escritos pero que ella no es Adriana.

La primera frase de la novela ya es un claro indicio de esa voz tan personal: “*Nací cuando mis padres ya no se querían*” (Matute, 2008:7). Sus hermanos mayores, Cristina y los gemelos Jerónimo y Fabián, ya habían dejado muy atrás los juegos infantiles. Su carácter solitario, además de las circunstancias familiares, le hizo muy pronto amante de los otros mundos que anidan entre palabras, de los cuentos que Tata María le leía y los que Isabel, la cocinera, le contaba; de los libros desechados por sus hermanos; y de una extraordinaria sensibilidad e imaginación que le hacían, como a Andersen¹², comprender el lenguaje secreto de seres, en apariencia, inanimados. Solía esconderse debajo de la mesa de la plancha o en cualquier lugar donde pudiera ovillarse y atender a una “*conversación entre destellos*” que poco a poco iba entendiendo cada vez mejor y que era

¹¹ En *Algunos muchachos* (1968:7) hace una alusión genérica a la variedad: “*Tímidos, iracundos, silenciosos, cruzan a nuestro lado algunos muchachos. Podríamos conocerlos por un signo, una cifra, o una estrella en la piel*” O en *Los niños tontos*, por ejemplo, el elenco de los personajes retratados en sus cuentos es sumamente particular y significativo en este sentido: la niña de la carbonería; el hijo de la lavandera; el niño del granjero al que llamaban *Zum-Zum*, “*el niño pequeño, de los pies descalzos y sucios*”, la niña que no estaba en ninguna parte; el niño que no tenía perras gordas y que merodeaba por la feria; el hijo del ropavejero; el niño del guignol; el niño del cazador; el niño que tenía sed y que “*se volvió ceniza*” (pág. 85), entre otros.

¹² La fascinación que por el escritor siente Ana María Matute le ha obligado a ahondar en su vida y en su obra. En su prólogo, podemos observar la concomitancia entre ambos al narrar partes de su vida propia: “A despecho de tantas como llegó a recorrer, y a crear, Ala de Cisne sólo narró, una sola historia: la suya propia. Esa que está en todos sus cuentos y que se elude”.

también su lenguaje; descubrió en el cuarto oscuro no un lugar de castigo sino el espacio donde imaginar y recrear tantas historias; y hacía incursiones nocturnas al mundo cotidiano de los “*Gigantes*”, que de noche desplegaba toda su magia y ella se sentía a salvo. “*La noche, el mundo nocturno -que es el mundo más vivo-, es un mundo real y absolutamente cierto, es un mundo mágico que forma parte de la vida cotidiana, en el que las criaturas de la oscuridad existen en tanta o más intensidad que las que habitan bajo el sol más impío y aparentemente verdadero*”. (Matute, 1998:25).

El mutismo de la protagonista y el silencio como refugio para conversar con su otro mundo está en muchos otros de sus personajes. Un silencio que contrasta con miradas o gestos expresivos en los que sus personajes cobran vida, se individualizan y son en sí mismos su propia historia. Así, en “*El niño pastor*” (1963:75-77), que cuenta con ocho años (como una de las Adris de la novela), la voz del narrador indica,

“Más de una vez tuve curiosidad por conocer qué mundo habitaba dentro de aquella cabeza pequeña, morena; dentro de aquellos grandes ojos negros. El corazón de un niño es siempre misterioso: pero ninguno como el del niño pastor (...) Pero yo sé que el niño pastor podría contarme infinidad de cosas. Porque él se queda a menudo pensativo (.) A veces levanta la cabeza y escucha algo. (.) Algo como una antigua y misteriosa conversación que hubiera entablado a solas con la naturaleza, y no quisiera ver interrumpido por otras voces, otras palabras que no le interesan ni le descubren, todavía un mundo mejor”.

En *Paraíso inhabitado* Adri encontrará otro niño capaz de ver las huidas y regresos del Unicornio del cuadro, con el que compartirá su pasión por los mundos intangibles para el resto y claramente distinguibles en sus encuentros. Con Gavrila, Gavi, compartirá pasión por los libros, por un teatro/guñol, aun mayor que el que Eduarda le regala por su Primera Comunión. Ese “*Teatro de los Niños*” les permite revelarse, a través de los muñecos, secretos íntimos que no se atreverían a decirse en el mundo “*real*” pero que sí tienen cabida bajo ese escenario. Las escapadas a la casa de Gavi, a quien descubre un día jugando con su perro *Zar* en la calle mientras está gravemente enferma en cama, cuentan con la complicidad de Tata María, Teo, el mayordomo-protector de Gavi, y, sobre todo, de Isabel, la cocinera. Ella oculta esas salidas y el tiempo, siempre insuficiente, de juegos y lecturas, consciente de la felicidad que le aporta a Adri a pesar de su recaída y su enfrentamiento a la muerte. Los animales, un *Zar* siempre presente junto a ellos, los gatos de Eduarda en “*Las Ruinas*” de los que le

habla Sagrario, el gato callejero cuidado por Isabel o el grillo de Tata María, se humanizan, siendo capaces de transmitir sentimientos, supuestamente, ajenos a su condición, y la sensación de abandono, de pérdida y de unión. Así es *Moro* (1963:28), un perro negro, grande, vagabundo, despreciado por las personas del pueblo y del que debe despedirse el hijo de la voz narradora tras protegerlo durante un verano del ataque de los niños,

“Le imagino levantándose, otra vez, como entonces: con un brillo imborrable en sus ojos de muchacho inocente. Reponiéndose, como siempre, de las heridas, de los malos recuerdos. Recobrándose de la vida, en suma, para seguir viviendo”

Así, también *Zar* a quien Teo se lleva al cerrar el piso tras la muerte de Gavi, siente el dolor de la ausencia: *“Una tarde (...) me llegó a través la ventana del patio de la cocina algo que seguramente echaba en falta: los aullidos de Zar. Unos aullidos largos que acababan en un temblor parecido a sollozos humanos”* (2008:372). Adri lo seguirá recordando jugando incansable con su pelota en el frío de la calle.

La muerte de Gavi queda marcada por un cambio físico y por una expresión repetida casi como una letanía en la noche en que Adri se esconde en el colegio esperando su regreso: *“él volverá”*. Así también *“el niño al que se le murió un amigo”*¹³:

“pasó buscándole toda la noche. Y fue una larga noche casi blanca, que le llenó de polvo el traje y los zapatos. Cuando llegó el sol, el niño, que tenía sueño y sed, estiró los brazos, y pensó: “Qué tontos y pequeños son esos juguetes”¹⁴. Y ese reloj que no anda, no sirve para nada”. Lo tiró todo al pozo, y volvió a la casa, con mucha hambre. La madre le abrió la puerta, y dijo: “Cuánto ha crecido este niño, Dios mío, cuánto ha crecido”. Y le compró un traje de hombre, porque el que llevaba le venía muy corto”

El abandono de la edad infantil implica además un cambio físico notable para los que rodean al niño. También Adri lo hace, aunque ella no lo notase en su cumpleaños, al volver de nuevo al colegio, según las palabras de la madre: *“¡qué alta estás, Dios mío! – mintió”* (2008:384). Algunos, en apariencia adultos, no dejan de ser, en el fondo, simples niños. En *“El niño*

¹³ Matute, Ana María (1978, 6a ed. 1988), *Los niños tontos*, pág. 92.

¹⁴ Los juguetes referidos son unas canicas, un camión, una pistola de hojalata y un reloj.

dormido” (1963:69), el chico que amedrenta al resto, “*el matón*”, es sorprendido mientras duerme y planea sobre el resto el afán de revancha:

“Le miramos, suspensos: podíamos vengar de una vez los insultos, las pedradas, nuestro humillante miedo. Pero allí estaba, de pronto, mostrándonos su realidad. Dormido, revelándonos su triste condición: era un niño dramáticamente solo (las cejas contraídas, la boca con un hilillo de saliva, la mano abierta desolada, encima de la hierba). Un niño, nada más, solo y dormido, perdido en la gran tierra de los hombres”.

Entre sus personajes también podemos hallar niños crueles y despiadados: “*a veces, la ferocidad y la sangre afloran a los ojos de los niños de forma mucho más viva que a los hombres*” (1963:27), como “el niño que no sabía jugar” y que cogía “*grillitos, gusanos, crías de rana y lombrices*” para segarles la cabeza.

La dureza en el enfrentamiento entre hermanos, llegando al *cainismo*, ha sido muy tratada en sus obras. Así, el niño que hacía hornos con barro y piedras al que “*le trajeron un hermano como un conejillo*” (1978:96) y prendió en su hornito; o los hermanos gemelos de Adri, quienes acabarán luchando en bandos distintos llegada la Guerra Civil. Por estas y otras razones la concepción de “*niño malo*” aparece en numerosas ocasiones. Generalmente los adultos suelen referirse a niños que no se comportan como lo hacen la mayoría, no son sumisos, se encierran en sí mismos, son incomprendidos e incluso suelen caracterizarse por sus silencios prolongados. Adri, sin ir más lejos, será considerada una “*niña mala*” en el colegio y su madre le insistirá en que se porte bien y que rece para ser buena; las protagonistas de “*Los niños buenos*” (1963:112), “*a los siete años yo senté plaza de mala*” o de “*La trampa*” (1969:30) son tildadas de ese modo:

“Los primeros años de mi vida fui de carácter díscolo y rebelde (...). De niña mala pasé a adolescente respetuosa, tímida y pasable estudiante. (...) y llegó el silencio, un gran silencio a mi vida. (...) Supongo que mi verdadera historia empieza en el silencio; aquel día, no sé ciertamente cuál, en que como el protagonista de un cuento infantil, perdí mi voz”.

Pero para Ana María Matute (1963:112) “*no existen niños buenos ni malos: se es niño y nada más*”. Y ella, silenciosa, insegura, ensimismada

y encerrada en su mundo, se ha encargado de transferir la comprensión de la que careció en su niñez a sus personajes, sus obras y a los lectores¹⁵ cumpliendo la promesa que se hizo de niña “yo seré escritora para vengarme de las personas mayores”¹⁶. Al igual que el padre de Adri, su propio padre alentó su creatividad, mientras que ambas madres eran duras e intransigentes con las imaginativas niñas. La complicidad entre niño y adulto, por tanto, suele ser escasa. Siendo de mundos infinitamente distintos, el único momento en el que la unión entre ambos se ratifica es aquel en el que la imaginación y la magia se hacen presentes, donde el recuerdo del niño que fue ese adulto, aflora. Adri se sentirá más cercana a su madre en los momentos de tristeza debida a su separación matrimonial: “Poco a poco iba desvelándome una criatura que empezaba y acaba en una sola palabra, pronunciada a solas, por Tata María: “Niña”. Pero una niña desaparecida, como todos los niños que no mueren” (2008:217).

Su defensa incansable de la infancia, ese mundo privado de la inocencia que deja su huella indeleble en el ser adulto, queda reducida o extinta en el paso a la madurez. “Cuando se crece, se cede a cambio la candidez. Y la esperanza”. (Espido Freire (2001:41) Pero reconoce que no es un período vital etéreo:

“Es muy difícil que la infancia sea ese paraíso que dicen los tontos. No es paraíso la infancia. La infancia es una etapa de aprendizaje, es una etapa tremenda, fuerte, extraordinariamente viva. La infancia no es el proyecto de una vida sino que algunas vidas, la mayoría, son lo que queda de aquella infancia. Para mí no es una etapa. Para mí es un mundo, todo un mundo cerrado, redondo. Después, te expulsa, o te caes tú de él” (Sanz Villanueva, 1998:6)

Sin embargo, entre sus páginas descubrimos que dentro de nosotros sigue latente ese niño que fue y se renueva, vivimos sus historias como nuestras, y sigue siendo posible pues, como dice en *Aranmanoth* (2000:67), “porque eran niños todavía”.

Eduarda confiesa a Adri que “los Unicornios nunca vuelven”. En sus libros podemos ver cómo se escapa, cómo huye. Sin embargo, para Ana

¹⁵ Sí, en cambio, aquellos seres que ven los niños reconocen de manera instantánea su bondad. Uno de ellos es el enanito de barba blanca y caperuza verde que cuida del bosque y sus habitantes que recompensa a Tolín por no destruir su casa: “Eres un niño con buen corazón” (2003).

¹⁶ Sanz Villanueva (1998).

María Matute a veces vuelven. Sólo acérquense a su mirada. Y a sus páginas.

Referencias

- Alborch, Carmen (1999), "Más allá de las palabras", en Leer, septiembre 1999.
- Balaguer, Angels (1999), "En el país de las maravillas", en Leer, septiembre 1999.
- Buckley, Ramón, García de Nora, Eugenio, Gil Casado, Pablo "Caracteres de la novela de los cincuenta", en Ynduráin, Domingo (1980), Historia y crítica de la literatura española. Época contemporánea (1939-1980), Barcelona, Crítica.
- Conte, Rafael (1999), "El poder de crear", en ABC Cultural, 15 de mayo de 1999.
- Castro, Pilar (ed) (2002), Doce cuentos españoles del siglo XX, Madrid, Anaya.
- Espido Freire, Laura (2001), "El trago", en El Mundo, 17 de septiembre de 2001.
- García de Nora, Eugenio (1970), La novela española contemporánea (1939-1967), T. III, Madrid, Gredos.
- García Viñó, Manuel (2a ed. 1975), Novela española actual, Madrid, Prensa Española.
- Gazarian-Gautier, Marie-Lise (1997), Ana María Matute. La voz del silencio, Madrid, Espasa Calpe.
- Guerra Sánchez, Oswaldo (2002), Senderos de lectura (memoria y hermenéutica literaria), Madrid, Ediciones de la Discreta.
- Hevia, Elena (2009), "Entrevista a Ana María Matute. "Estoy convencida de que no me voy a morir"", en El Periódico, 5 de enero de 2009. http://www.elperiodico.com/default.asp?idpublicacio_PK=46&idoma=CAS&idnoticia_PK=575926&idseccio_PK=1013&h=
- Marina, José Antonio, Válgoma, María de la, (2005), La magia de leer, Barcelona, Plaza&Janés.

- Matute, Ana María (1952) (4a ed. 1988), *Fiesta al noroeste*, Madrid, Cátedra.
- Matute, Ana María (1963a) (2a ed. 1966), *El tiempo*, Barcelona, Destino.
- Matute, Ana María (1963b) (2a ed. 1972), *El río*, Barcelona, Destino.
- Matute, Ana María (1964) (3a ed.1972), *Los soldados lloran de noche*, Barcelona, Destino.
- Matute, Ana María (1968) (2a ed. 1973), *Algunos muchachos*, Barcelona, Ediciones Destino.
- Matute, Ana María (1969) (2a ed. 1973), *La trampa*, Barcelona, Ediciones Destino.
- Matute, Ana María (1978) (6a ed. 1988), *Los niños tontos*, Barcelona, Ediciones Destino.
- Matute, Ana María (1983), *Sólo un pie descalzo*, Barcelona, Ed. Lumen.
- Matute, Ana María (1991), *El árbol de oro y otros relatos*, edición de Julián Moreiro, Madrid, Bruño.
- Matute, Ana María (1998), *En el bosque. Discurso leído el día 18 de enero en su recepción pública*, Madrid, Real Academia de la Lengua, Valero Impresores, S.L.
- Matute, Ana María (2000a), "Cómo empecé a escribir", publicado en *Revista de Bellas Artes*, núm. 3, julio de 1982, en *Los niños tontos*, Valencia, Media Vaca.
- Matute, Ana María (2000b), *Aranmanoth*, Madrid, Espasa Calpe.
- Matute, Ana María (2000c) (3a ed. 2002), *Todos mis cuentos*, Barcelona, Lumen.
- Matute, Ana María (2001), "Aquel hombre que tantos cuentos sabe" en Andersen, Hans Christian, *La sombra y otros cuentos*, Madrid, Alianza Editorial.
- Matute, Ana María (2002a), "Pecado de omisión" en *Doce cuentos españoles del siglo XX*. Madrid, Anaya.
- Matute, Ana María (2002b), *Cuentos de infancia*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca.

- Matute, Ana María (2003), Tolín, Madrid, Iberautor Promociones Culturales.
- Moret, Xavier (1996), "Ana María Matute. "Siempre he sido una isla, un bicho raro"", en Babelia. El País, 23 de noviembre de 1996.
- Prada, Juan Manuel de (1996), "Entrevista a Ana María Matute "Escribir es siempre protestar, aunque sea de uno mismo"", en ABC literario, 5 de julio de 1996.
- Prada, Juan Manuel de (1998), "Entrevista a Ana María Matute "Jamás me vi como académica de nada"", en ABC literario, 16 de enero de 1998.
- Sanz de Villanueva, Santos (1984), "La novela en los años cincuenta", en Historia de la literatura española, Barcelona, Ariel.
- Sanz de Villanueva, Santos (1998), "Entrevista. Ana María Matute" en La esfera, Sábado 17 de enero de 1998.
- Sanz Villanueva, Santos (2008), Paraíso inhabitado de Ana María Matute. Reseña, en El cultural, http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/24474/Paraiso_inhabitado/
- Soldevila Durante, Ignacio (1980), La novela desde 1936, Madrid, Alhambra.
- Valcárcel, Amelia (1999), "Ana María Matute. Hada madrina de nuestras letras", en Leer, septiembre 1999.